

He aquí la historia de cómo un pueblo llegó a ser un pueblo;
que me fue transmitida a través de las generaciones
que me precedieron en el tiempo, recorriendo sus caminos
y llevando sólo un cuaderno y un lápiz en la mano...

Pocos recuerdan hoy a aquellos dos chicos que comenzaron a creer que podían cambiar su lugar, su gente, sus costumbres; sin moverse de su lugar, su pueblo.

Recuerdo sus nombres: Iván y Agustín.

Fue cuando terminaban el noveno año en la escuela, a la que fueron siempre juntos.

Cada mañana, al dirigirse hacia la escuela, pasaban por el quiosco de Doña Olga.

Una pacífica mañana de noviembre, como lo eran casi todas las del lugar, iban entrando al quiosco donde comprarían algunas golosinas para el recreo escolar, mientras charlaban sobre los sueños que habían tenido la noche anterior.

Iván decía haber tenido un sueño muy extraño, en el que aparecía la figura de una niña, pequeña, como de seis años, con ropas sucias y aspecto empobrecido, que dirigiéndose a él, le decía: “¡Cuánta gente pobre que hay en el pueblo!..., ¿por qué no hacen algo?”

Lo que le parecía extraño era que a esa chica no la había visto nunca antes, al menos que él recordara.

Ya saliendo del negocio, Agustín, interesándose por el relato de su amigo, le dijo que él también había soñado, y que en su sueño también aparecía una misteriosa niña, pero que en el suyo aparecía sentada en el andén de la estación del ferrocarril, como esperando al tren con mucha ilusión y ansiedad. Digo esto porque, en el pueblo, ya hacía mucho tiempo que el tren no pasaba, y la estación estaba viejita y en desuso.

Llegando a la esquina, los dos chicos vieron pasar en frente de sus ojos a la misma niña que habían visto en los sueños.

Con gran sorpresa, se miraron el uno al otro como pensando “¿Vos estás viendo lo mismo que yo?”.

Estupefactos, se quedaron parados, sin poder caminar ni pensar en otra cosa que no sea el rostro de la niña misteriosa y, sorprendidos de saber que al fin esa niña era real, lo que los confundía más aún. Sin nada ocurrente para decir, y cuando ella ya estaba más o menos lejos de ellos, Iván se animó a gritarle: “¡Nena,... ¿cómo te llamas?!”

La niña se dio vuelta para ver de qué se trataba y por qué le gritaban y, sin más, respondió inocentemente: “Milagros.”

Desde esa mañana, los chicos estaban más confundidos. Nunca más volvieron a soñar con el rostro de esa niña, pero en sus mentes sólo había preguntas como: ¿qué significaba todo eso de la niña? ¿sería algo casual que ellos, solamente ellos, hayan soñado esas cosas?

Iván le contó su sueño a su madre, buscando respuestas. Ella le dio consejos que nunca olvidaría desde esos días. Le dijo que tal vez el sueño no era sólo casualidad y, seguramente tenía un significado más importante de lo que él pensaba.

La niña, al decir “Cuánta gente pobre que hay en el pueblo...”; quizás no se refería a la pobreza material o económica, sino a la pobreza o miseria del alma.

La gente del pueblo estaba como resignada a ser siempre la misma gente y nunca crecer espiritualmente como personas. No creían tener esperanzas. La alegría de sus corazones no la podían expresar de ninguna forma y, así, se encontraban personas “deprimidas”, porque no tenían nada que hacer, ni gente a su alrededor con la que compartir sus días.

Las calles estaban desiertas. No había actividades de recreación seguidamente, a las que pudieran concurrir todas las personas.

Hacía mucho tiempo que el pueblo estaba así; como perdido y triste. Casualmente, desde que ya no había actividades en el ferrocarril y el tren dejó de pasar...

Había en los límites del pueblo, una esquina que daba al campo; y desde la cual, Iván solía ver el atardecer en los días lindos y frescos.

Una tarde de noviembre muy agradable, estaba Iván sentado en esa esquina cuando llegó Agustín, preguntando:

— ¿qué estás haciendo?

— Nada -respondió Iván- sólo miro el atardecer y pienso...

— ¿en qué pensás? —interesado Agustín.

— Creo que de los sueños que he tenido con la niña misteriosa y luego la aparición de Milagros, nada es casualidad...

— ¿qué me querés decir?, no te entiendo.

Iván le explicó a su amigo que tal vez todo eso era alguna especie de señal que alguien le estaba dando para que tratara de cambiar la vida de su gente, de su pueblo.

No podía ser posible que hubiera tanta pobreza y riqueza a la vez. Todo el mundo es igual. Todos se merecen vivir bien...

Pero lo que lo confundía era que tarde o temprano tenía que pensar la manera de hacerlo; de cambiar la mentalidad de mucha gente, sobre todo, la gente que ya no tenía esperanzas de progresar, y de crecer como personas.

Entonces, Agustín, al verlo tan preocupado por el asunto, le ofreció como ayuda, reunir un grupo de amigos y charlarlo, para ver si entre muchos, se encontraban propuestas y soluciones. Fue así que lo invitó a concurrir al grupo juvenil que se reunía siempre en la capilla, llamado “Infancia Misionera”. Iván aceptó la oferta de su amigo.

Cuando se reunieron, todos estaban de acuerdo con que el pueblo necesitaba algunos cambios. Cada muchacho y muchacha fue aportando su granito de arena para elaborar un plan de acción que, a pesar de ser un tanto descabellado, estaba al alcance de sus recursos como jóvenes emprendedores y con muchas ganas.

Todo se desarrollaría así: como se acercaba la fecha de Navidad, se propusieron hacerle creer a la gente que el Gobierno Nacional sería como el “Papá Noel” de los pueblos necesitados, y les mandaría regalos adecuados a la necesidad de cada sector o cada familia.

Para esto, los chicos, liderados por Iván y Agustín, se pusieron en campaña: se dividieron en grupos, de tal manera que todo el trabajo no se hiciera tan pesado y se pudiera lograr concretamente, teniendo en cuenta que quedaba muy poco tiempo para la fecha de Navidad.

Un grupo se encargaría de hacer encuestas, con el pretexto de que serían para algún trabajo escolar; yendo de casa en casa para averiguar con certeza qué era lo que cada familia necesitaba. A una de las chicas de este grupo se le ocurrió que la forma más simple sería preguntando solamente una cosa:

“¿Qué le pediría cada familia a Papá Noel en esta Navidad?”

Los chicos del grupo Infancia Misionera estaban juntando cosas necesarias para donar, como ropas usadas, alimentos no perecederos, útiles escolares; o simplemente dinero que la gente más acomodada pudiera ofrecer para ayudar.

Con todo lo que obtuvieron y lo que irían a conseguir a partir de los resultados de las encuestas, podrían hacer la donación el día de Navidad, argumentando que provenía de los fondos del Gobierno Nacional. Para esto debían trabajar siempre en secreto, y los únicos que podían estar enterados de todo eran los miembros del grupo y algunos otros amigos que se fueron sumando más tarde.

Después de las encuestas se consiguieron: un televisor, varios colchones, semillas para una huerta (que había pedido una viejita a la que le gustaban mucho las plantas), dinero para sacar a alguien de una cuenta que le resultaba imposible de saldar sin ayuda, ropas y calzados (nuevos y usados), materiales de construcción, herramientas para trabajos varios, un árbol de Navidad, y muchas cosas más...

También se buscó la manera de que a las familias que no habían pedido nada de mucho valor, se les pudiera regalar una caja con golosinas para los chicos, o comestibles varios.

Después se planteó el problema de cómo harían para hacerles llegar a las familias los regalos sin que se enteraran que fue el grupo quien organizó y consiguió todo.

Entonces, a alguien se le ocurrió una idea genial: podían hacerle creer a la gente que en el día de Navidad, llegaría al pueblo un tren enviado por el Gobierno, cargado de regalos y cosas necesarias para la sociedad en general...

La idea fue aceptada, pero esto era lo más difícil pues, como ya se dijo, en el pueblo ya no funcionaba la estación ni los trenes desde hacía mucho tiempo.

En fin, lo que se hizo fue invitar casa por casa a toda la gente del pueblo para que fuera a la estación a esperar al tren, el día 25 de diciembre, exactamente a la hora del mediodía.

Naturalmente, el tren nunca llegaría, porque era sólo un invento para que los chicos pudieran repartir los regalos a cada casa mientras toda la gente (o la mayoría) estaba en la estación, esperando.

Para completar la hazaña y dejar a la totalidad de la gente convencida de que el tren llegaría al pueblo, se informó una semana antes a los medios de comunicación; y fue así que en las radios y en el diario salía el aviso que decía:

“EL TREN VUELVE AL PUEBLO DE LA CLARITA”

“El Gobierno Nacional tiene previsto para el 25 de diciembre próximo visitar a los pueblos rurales unidos por la Vía Férrea del Litoral. Lo hará mediante un tren puesto en condiciones para transportar comestibles, ropas, medicamentos, y otras cosas necesarias hoy en día, las que se repartirán entre el público que esté expectante en cada estación ferroviaria. El tren arribará a la localidad de La Clarita aproximadamente a la hora del mediodía. Se invita a los vecinos y al público en general a concurrir a su llegada [...]”

De esta manera, más gente se enteraría, y los chicos podrían repartir tranquilos los “regalos”.

Todo pasó tan rápido. Una semana después de la primera reunión del grupo para elaborar el plan, ya habían realizado todas las encuestas. Y en las tres semanas siguientes, los chicos se avocaron a la única tarea de conseguir todas las cosas y, aunque parezca increíble, lo lograron: *el sueño de unos pocos, movilizó a unos cuantos y se transformó en obras de caridad.*

A todo esto, Iván y Agustín no veían la hora de que llegara Navidad. Si todo salía bien, su plan resultaría; cada familia tendría lo que necesita y, aunque no terminara convencida de que el Gobierno fuera el nuevo “Papá Noel” para la sociedad, recibiría algo útil, algo que le daría esperanzas para seguir adelante; por lo menos, por un tiempo; sin ser una “familia necesitada”.

Llegado el día, los jóvenes se reunieron en la casa donde guardaban en secreto todas las cosas, y se organizaron para repartir todo mediante grupos, de manera de hacerlo ordenada y rápidamente.

Alrededor de las once y cuarto de la mañana, comenzó a moverse el pueblo: niños, mujeres y hasta hombres grandes; se iban acercando de a poco a la estación.

Era un día soleado.

Muchos se reunían en grupos de vecinos o de parientes e iban charlando por las calles acerca de los regalos que llegarían, acerca del tren...

Los chicos del grupo, cuando escuchaban esas conversaciones y cuando veían a la gente movilizarse, veían concretada su misión y sentían un ardor de felicidad en sus pechos.

Siendo las doce menos diez, la impaciencia reinaba ya en la estación. Los andenes estaban repletos. Los bebés lloraban en brazos de sus madres por el murmullo de la gente grande y de los niños, que jugaban aburridos explotando cohetes, sin darle mucha importancia al acontecimiento.

Poco a poco, la espera fue haciéndose silenciosa.

Los niños dejaron de lado los cohetes, para tratar de oír, a lo lejos, el sonido de algún tren acercándose.

Pero los minutos corrían y no pasaba nada; ningún sonido de tren.

A las doce y cuarto, algunas personas (sobre todo los más ascéticos) empezaban a irse convencidas de que ya no vendría y de que todo era una cruel mentira. Y así, todo el ambiente se fue desanimando.

A la una menos veinte, ya no quedaba casi nadie en la vieja estación.

Pero para esa hora, muchas familias habían llegado a sus casas y habían encontrado ya la sorpresa de algún “regalito” frente a su puerta, con una cartita que decía:

“Volvamos a creer en un mundo mejor... ¡Feliz Navidad!”

Por casi única vez, después de mucho tiempo, la alegría debe haber sido el sentimiento colectivo que reinaba en el pueblo.

Seguramente, tiempo después, las personas deben haberse enterado de que toda la hazaña se les ocurrió a un grupo de jóvenes del pueblo; pero tal empresa, al menos, sirvió para ayudar a la gente a creer que no todo está perdido definitivamente, y que mediante la unión se pueden lograr muchas cosas buenas.

FIN

(Ricardo Contard)